



Es posible que así, en fotografía y sin ningún otro objeto con el que compararlo no se aprecie el tamaño; pero es un buen trocho de 671 folios (folios, folios; no DIN A4) mecanografiados y en encuadernación rígida forrada en tela.



Le dije “¿y este mamotreto?” y respondió que estaba en un banco de su lugar de trabajo.

No había nadie cerca — era una de esas mañanas de otoño bastante grises, anubarrada y con viento que lo tenía de mal humor porque, dice, “me siento frustrado”; y que la primavera es una gloria — y, harto de batallar, se sentó y allí estuvo un rato, abriéndolo y cerrándolo y dedicando ocasionalmente miradas asesinas a “tanta maldita hoja que...”.

Le dije “bueno; ya vale. Cálmate” y que, entendiera, el mundo es como es y de nada vale luchar contra los elementos.

— ¡Pero si no luché! — respondió — ¿No te he dicho que me pasé la mañana ahí sentado, como un vago, mirándolo?

— ¿Y no era de nadie? — Le pregunté.

— Con la mañana tan horrible allí no había un alma.

Así que, cuando dieron las tres y malterminó un poco de cualquier manera con las hojas, cogió el metro y se lo trajo a casa.

No figura en ninguna parte ni autor, ni editorial, ni nada de nada. Además, ya digo, son folios (no DIN A4) mecanografiados directamente desde la máquina de escribir; así que...

Luego, a la mañana siguiente, como le gustó — lo primero que hace en otoño e invierno nada más levantarse es mirar por la ventana; la temperatura no le importa, pero el aire... — ver que el día estaba muy calmo se dulcificó, le afloró la bonhomía y dijo que como tenía toda la pinta de ser un único ejemplar lo iba a llevar a objetos perdidos.

Yo no dije nada; pero me había gustado ese título tan extravagante. Así que esperé otro par de días y fui, yo, a objetos perdidos, explicando que un

libro así y asá de 671 folios (no DIN A4) con encuadernación rígida forrado en tela roja y las letras doradas...

Que me lo había olvidado en un banco del Retiro, dije. Y me lo entregaron sin rechistar.

Que el libro en sí mismo no es que me hiciera a mí falta ninguna, que eso ya lo sé, y el título que es lo que a mí me interesaba era tan chocante que me lo había aprendido y lo podía utilizar directamente; pero precisamente por lo extravagante que era se iba a notar a la legua que no había salido de mi cabeza, y no porque yo sea especialmente torpona que no se me pueda ocurrir eso o cualquier otra cosa, claro (y además ni mi suegra ni mis cuñadas ni mis amigas se aclaran gran cosa con esto del internet, así que nadie de mi entorno más cercano se iba a enterar, porque mi marido con los quebraderos de cabeza que le da cada hoja que se le pone por delante ya tiene bastante, que no le queda tiempo para otra cosa y, además, el es más de futbol y, el niño, pues de marcianitos y emepes de esas, que yo no las entiendo, y en mis escrituras no trastean) pero... ¿qué estaba yo dici...?; ah, que nadie se iba a enterar porque, la niña... No, no era eso, que con esta cabeza que tengo...

Nadie se iba a enterar pero que, eso, que iba a dar mucho cante que a dos cabezas tan distintas como deben de serlo la de quien escribiera el libro y la mía se les hubiese ocurrido, a las dos, una frase tan rara.

Así que le hice una foto, con mi yashica, muy antigua, pero que funciona muy bien, y luego la escanéé y así, si el autor un día entra en internet y me encuentra y la ve — que ya sería casualidad, porque con lo grande que es internet — puede, de paso, buscarme y yo se lo devuelvo porque, una vez que ya tengo la foto, ¿verdad?

Ahora me voy a hacer las camas.

